

parte, aunque Marat, Robespierre y Billaud-Varennes deseaban la caída de los girondinos, temían sinceramente las intrigas del extranjero, la desorganización en presencia del enemigo victorioso, la opinión de los departamentos, las acusaciones á que estos manejos les exponían; y probablemente no pensaban aún sino en apoderarse de todos los ministerios y de todos los comités, expulsando á los girondinos del gobierno, sin excluirlos violentamente de la Legislatura.

* Sólo si se hubiera podido sospechar de un hombre, de Dantón, aunque fuese el menos encarnizado enemigo de los girondinos. Ejercía la mayor influencia en los franciscanos, autores del movimiento; no combatía á los individuos de la derecha, sino que condenaba su sistema de moderación, porque á su pesar entorpecía la acción del gobierno; anhelaba á toda costa un tribunal extraordinario y un comité supremo, revestido de una dictadura irresistible, porque ante todo aspiraba al triunfo de la revolución; y es muy posible que hubiera conducido secretamente á los agitadores del 10 de marzo para intimidar á los girondinos y vencer su resistencia. Cuando menos es lo cierto que no se apresuró á condenar á los autores del trastorno, y que se le vió por el contrario renovar sus instancias para que se organizase el gobierno de una manera pronta y terrible.

Como quiera que sea, convínose en que los aristócratas eran los promovedores secretos de aquellos trastornos, y todo el mundo lo creyó ó fingió creerlo. Así lo supuso también Vergniaud en un discurso de arrebatadora elocuencia, en el cual denunciaba toda la conspiración; pero fué censurado por Louvet, quien hubiera querido que se atacase á los jacobinos más violentamente: consiguió, no obstante, que la primera diligencia del tribunal extraordinario fuera perseguir á los autores del 10 de marzo. El ministro de Justicia, encargado de presentar un informe sobre los acontecimientos, declaró que no había descubierto en ninguna parte el comité revolucionario á que se atribuían; que sólo pudo reconocer arrebatos de los clubs y proposiciones hechas en un momento de entusiasmo. Todo cuanto sacó en limpio se redujo á la reunión de algunos individuos del club de los franciscanos en el café Corazza, contándose entre ellos á Lasouski, Fournier, Guzmán, Desfieux y Varlet, agitadores ordinarios de las secciones, que se reunían siempre después de la sesión para hablar de política. Nadie dió importancia á esta revelación; y como se suponían tramas mucho más profundas, la reunión de varios individuos tan subalternos en el café Corazza se consideró como un dato ridículo y sin fundamento.

CAPÍTULO VII

Continúan nuestros reveses militares; derrota de Neerwinden. — Primeras negociaciones de Dumouriez con los enemigos; sus proyectos de contrarrevolución; entra en relaciones con el enemigo. — Evacuación de Bélgica. — Primeras turbulencias del Oeste; movimientos insurreccionales de la Vendée. — Decretos revolucionarios. — Desarme de los *sospechosos*. — Conferencias de Dumouriez con los emisarios de los jacobinos. — Manda arrestar y entrega á los austriacos á los comisionados de la Convención. — Decreto contra los Borbones. — Prisión del duque de Orleans y de su familia. — Dumouriez, abandonado de su ejército después de su traición, se refugia en el campamento de los imperiales. — Opinión acerca de este general. — Cambios en el mando de los ejércitos del Norte y del Rin. — Nómbrase á Bouchotte ministro de la Guerra en lugar de Beurnonville, que había sido depuesto.

Ya hemos visto en el capítulo precedente en qué estado de exasperación se hallaban los partidos del interior, y las providencias extraordinarias que había tomado el gobierno revolucionario para contrarrestar la liga extranjera y las facciones intestinas. En medio de estas circunstancias cada vez más inminentes, Dumouriez, de vuelta de Holanda, se reunió en Lovaina con su ejército. Le hemos visto cómo desplegó su autoridad contra los comisionados del poder ejecutivo, rechazando con todas sus fuerzas el jacobinismo, que trataba de introducirse en Bélgica, y adoptando además otras medidas más audaces que debían conducirle al mismo fin que á Lafayette. Escribió con fecha 12 de mayo una carta á la Convención en que, después de reproducir lo de la desorganización de los ejércitos efectuada por Pache y los jacobinos, el decreto del 15 de diciembre y los perjuicios causados á los belgas, atribuía todos los presentes males al espíritu disolvente que se extendía desde París á toda Francia, y desde Francia á los países libertados por nuestro ejército. Esta carta, llena de expresiones enérgicas, y sobre todo de reconveniones audaces que no sentaban bien en boca de un general, llegó á la comisión de seguridad pública en el momento mismo en que se proferían multitud de acusaciones contra Dumouriez, y en que se hacían esfuerzos continuos para conservar el favor popular y ganarle para la república. Guardóse, pues, esta carta y se le envió en seguida á Dantón para inducirle á que se retractase.

Dumouriez reorganizó su ejército delante de Lovaina, reunió sus columnas dispersas y colocó un cuerpo á su derecha para guardar la Campine y enlazar sus operaciones con la retaguardia del ejército aventurado en Holanda; hecho esto, decidióse poco después á tomar la ofensiva para volver la confianza á sus soldados. El príncipe de Coburgo, después de haberse apoderado de la corriente del Mosa desde Lieja hasta Maestricht, adelantándose más allá hasta Saint-Trond, había enviado un cuerpo de vanguardia á ocupar á Tirlemont. Dumouriez mandó recobrar esta ciudad, y viendo que el enemigo no había pensado en guardar la importante posición de Goidsenhoven, que domina todo el terreno comprendido entre los dos Gettes, envió á aquel punto algunos batallones que se establecieron sin dificultad. Al día siguiente, 16 de marzo, quiso recobrar el enemigo la posición perdida, y la atacó con singular denuedo;

pero Dumouriez, que lo aguardaba, mandó que se sostuvieran, y acudió á reanimar á sus tropas en este combate. Rechazados los imperiales después de haber perdido setecientos ú ochocientos hombres, volvieron á pasar el pequeño Gette, yendo á situarse entre los pueblos de Neerlanden, Landen, Neerwinden, Overwinden y Racour; y los franceses, alentados con esta ventaja, se colocaron delante de Tirlemont y en varios pueblos situados á la izquierda del riachuelo Gette, que era la línea divisoria de los dos ejércitos.

Resolvió entonces Dumouriez dar una gran batalla, pensamiento tan bien meditado como atrevido, porque la guerra metódica no convenía á sus tropas, poco disciplinadas todavía, y era preciso volver por el honor de nuestras armas, tranquilizar á la Convención, atraerse á los belgas, rechazar al enemigo al otro lado del Mosa, detenerle allí algún tiempo, y después volar de nuevo á Holanda, penetrar en una ciudad de la liga y llevar á ella la revolución. No contento Dumouriez con estos proyectos, quería también, según decía, restablecer la Constitución de 1791 y aniquilar á los demagogos con el auxilio de los holandeses y de su ejército; pero esto último era entonces tanta locura como cuando se hallaba en Moerdik: lo que había de sensato, posible y verdadero en su plan, era recobrar su influencia, reorganizar nuestros ejércitos y acreditar sus planes militares ganando una batalla. Para el buen éxito inspirábanle fundadas esperanzas el nuevo ardimiento de sus soldados y su posición estratégica; además, era menester aventurar mucho en su situación, y no debía titubear.

Extendíase nuestro ejército en una línea de dos leguas, guarneciendo el riachuelo Gette desde Neer-Heylisse hasta Leaw, y Dumouriez decidió hacer un movimiento de conversión que dejase al enemigo entre Leaw y Saint-Trond. Apoyábase su izquierda en Leaw, que era su eje, y su derecha debía girar por Neer-Heylisse, Racour y Landen, obligando á los austriacos á replegarse hasta Saint-Trond. Para esto era preciso atravesar el pequeño Gette, vencer sus escarpadas riberas y tomar á Leaw, Orsmael, Neerwinden, Overwinden y Racour; estos tres últimos pueblos, situados frente á nuestra ala derecha, que debía recorrerlos en su movimiento de conversión, formaban el principal punto de ataque. Dividió Dumouriez su derecha en tres columnas á las órdenes de Valence y las obligó á pasar el

Gette por el puente de Neer-Heylisse: la una debía desalojar al enemigo, la otra tomar inmediatamente el elevado cerro de Middelwinden para apoderarse de él, y la tercera atacar el pueblo de Neerwinden por su derecha. El centro, encargado al duque de Chartres y compuesto de dos columnas, tenía orden de pasar por el puente de Esemael, atravesar á Laer y atacar de frente á Neerwinden, ya amenazado por su primer flanco por la tercera columna. Finalmente, la izquierda, á las órdenes de Miranda, debía dividirse en dos ó tres columnas, ocupar á Leaw y Orsmael, y permanecer allí mientras el centro y la derecha, arrollándolo todo en su victoria, efectuarían el movimiento de conversión, que era el objeto de la batalla.

Termináronse estas disposiciones el 17 de marzo por la tarde, y al siguiente día, 18, todo el ejército se puso en marcha á las nueve de la mañana, animosamente y en el mejor orden. Se cruzó el Gette en todos sus puntos; Miranda hizo que Champmorin ocupase á Leaw, apoderándose él mismo de Orsmael y empeñando un vivo cañoneo con el enemigo, que se había retirado y atrincherado fuertemente en las alturas de Halle, con lo cual quedaba conseguido el objeto en este punto. El centro y la derecha efectuaron el movimiento en las mismas horas, y las dos partes del ejército atravesaron á Elissem, Esemael y Neer-Heylisse despreciando un fuego mortífero hasta salvar valerosamente las escarpadas colinas que bordeaban el Gette. La columna del extremo derecho atravesó á Racour, ocupó la llanura, y en vez de extenderse por ella, como se le tenía mandado, cometió el error de replegarse hacia Overwinden en busca del enemigo. La segunda columna de la derecha, después de haberse rezagado en su marcha, se arrojó con ímpetu heroico al elevado cerro de Middelwinden, lanzando de él á los imperiales; pero en vez de establecerse allí, no hizo más que cruzarle y apoderarse de Overwinden. La tercera columna entró en Neerwinden, é incurrió en otro desacierto por una mala inteligencia, cual fué el extenderse con demasiada precipitación por fuera del pueblo, y exponerse á que la desalojaran los imperiales si retrocedían. El ejército francés estaba, sin embargo, próximo á triunfar, cuando el príncipe de Coburgo, que al principio había cometido la falta de no atacar á nuestras tropas al atravesar el Gette y cuando trepaban á sus escarpadas riberas, procuró repararla dando orden general de recobrar las abandonadas posiciones. Dirigiéronse, pues, fuerzas superiores hacia nuestra izquierda y contra Miranda. Clerfayt, aprovechándose del poco tesón que la primera columna había empleado en desalojarle, de que la segunda no se colocara sobre el cerro de Middelwinden, y de la confusa aglomeración en Neerwinden de la tercera y de las dos que formaban el centro, atravesó la llanura de Landen, y volvió á apoderarse de Racour, del cerro de Middelwinden, de Overwinden y de Neerwinden. En aquel momento se hallaban los franceses en una posición desesperada, porque desalojados de cuantos puntos habían ocupado, arrojados al pie de las alturas, cercados por su derecha, abrasado su frente por una artillería superior, amenazados por dos cuerpos de caballería y con un río á la espalda, podían quedar destruídos; y lo hubieran sido, en efecto, si el enemigo, en vez de dirigir el grueso de su ejército sobre su izquierda, hubiera

avanzado más contra el centro y la derecha. Dumouriez entonces, corriendo al punto amenazado, reúne sus columnas, logra recobrar el cerro de Middelwinden, marcha él mismo contra Neerwinden, tomado ya dos veces por los franceses y otras dos recobrado por los imperiales, y entra en él por tercera vez después de una horrenda carnicería. Este malhadado pueblo estaba atestado de hombres y caballos, y en la confusión del ataque mezcladas y dispersas nuestras tropas; conoció Dumouriez el riesgo, y abandonó este sitio de restos humanos para reorganizar sus columnas á corta distancia del mismo. Allí se rodea de artillería y se prepara á mantenerse en este campo de batalla en el instante mismo en que caen sobre él dos columnas de caballería, la una por la parte de Neerwinden y por la de Overwinden la otra. Valence se opone á la primera al frente de la caballería francesa, la carga impetuosamente, la rechaza, y, cubierto de gloriosas heridas, se ve precisado á dejar el mando al duque de Chartres. El general Thouvenot recibe tranquilo la segunda, la deja introducirse entre nuestra infantería, cuyas filas manda abrir, y ordena después repentinamente una descarga de metralla y fusilería, que hecha á quemarropa, diezma á la caballería imperial destrozándola casi del todo. Con esto queda Dumouriez dueño del campo de batalla, y se establece en él para terminar al día siguiente su movimiento de conversión.

La jornada había sido sangrienta, mas ya parecía estar ejecutado lo más difícil: el ala izquierda, establecida desde la mañana en Leaw y Orsmael, no debía tener ya nada que hacer, y habiendo cesado el fuego á las dos de la tarde, Dumouriez, creyendo que se mantenía en su terreno, considerábase como victorioso, puesto que ocupaba todo el campo de batalla. Sin embargo, acercábase la noche; la derecha y el centro encendían sus hogueras, y no se había presentado ningún oficial á Dumouriez, de parte de Miranda, para darle cuenta de lo que ocurría en el ala izquierda. Entonces comienza á tener dudas, y muy pronto inquietud; parte rápidamente á caballo, seguido de dos oficiales y dos asistentes, y ve que el pueblo de Laer ha sido abandonado por Dampierre, quien mandaba con el duque de Chartres una de las dos columnas del centro. Dumouriez averigua después que el ala izquierda, completamente desbandada, ha vuelto á pasar el Gette, huyendo hasta Tirlemont, y que Dampierre, viéndose entonces descubierto, había retrocedido hasta el lugar que ocupaba por la mañana antes de la acción. Dumouriez sale entonces á escape con sus dos oficiales y asistentes, expónese á ser cogido por los uhlanos austriacos, llega hacia media noche á Tirlemont y encuentra á Miranda, que se había replegado á dos leguas del campo de batalla, y á quien Valence, transportado allí á causa de sus heridas, aconsejaba en vano que avanzara. Miranda, que había entrado en Orsmael por la mañana, fué atacado en el momento en que los imperiales volvían á tomar sus posiciones; las más de las fuerzas enemigas cargaron sobre su ala, que compuesta en parte de voluntarios nacionales, se había desbandado y huído hasta Tirlemont. Impelido Miranda, no tuvo tiempo ni fuerza para contener á sus soldados, aunque Miacinski llegó en su auxilio con un cuerpo de tropas de frescos; y tampoco pensó en avisar al general en jefe. En cuanto á

Champmorin, situado en Leaw con la última columna, había permanecido allí hasta la tarde, y volvió á entrar en Bingen, su punto de partida, al acercarse la noche.

El ejército francés se halló así dividido; una parte de él estaba más allá del Gette y la otra más acá; y si el enemigo, menos intimidado por una acción tan reñida, hubiera querido obtener más ventajas, podía cortar nuestra línea, aniquilar nuestra derecha, acampada en Neerwinden, y poner en fuga á la izquierda, replegada ya. Dumouriez, sin intimidarse, se decide tranquilo por la retirada, y se dispone á ejecutarla desde el siguiente día por la mañana; al efecto, toma personalmente el mando del ala dirigida por Miranda, procura infundirle nuevo valor, y quiere hacerla avanzar para contener al enemigo en la izquierda de la línea, mientras que el centro y la derecha, emprendiendo su retirada, tratan de volver á pasar el Gette; pero esta parte del ejército, aterrorizada por la derrota de la víspera, avanza con mucho trabajo. Afortunadamente, Dampierre, que había vuelto á cruzar el Gette aquel mismo día con una columna del centro, sostiene el movimiento de Dumouriez, y se conduce con tanta destreza como denuedo, mientras el general en jefe, siempre en el centro de sus batallones, los anima y trata de conducirlos á la altura de Wommersem que habían ocupado la víspera, antes de comenzarse la batalla. Los austriacos habían situado en este punto baterías, haciendo desde él un fuego destructor, ante el cual viendo Dumouriez acobardarse á sus soldados, pónese á su cabeza y les convence de que vale más intentar un ataque que recibir á pie firme un continuo fuego; que una enérgica carga les podría librar de él, y que siempre sería esto menos fatal para ellos que aquella inerte inmovilidad delante de una artillería mortífera. Dos veces los decide, y dos veces se detienen como aterrados por el recuerdo de la víspera, soportando con heroica constancia el fuego de las alturas de Wommersem antes que tener el valor mucho más fácil de acometer á la bayoneta. En este momento derriba una bala el caballo de Dumouriez y cae éste entre una nube de polvo, á cuyo aspecto, espantados los soldados, se preparan á huir; pero él se levanta con la mayor celeridad, vuelve á montar á caballo y sigue sosteniéndose en el campo de batalla.

El duque de Chartres en tanto efectuaba la retirada de la derecha y de la mitad del centro. Conduciendo sus cuatro columnas con tanta intrepidez como inteligencia, se retira tranquilamente á la vista de un enemigo formidable y atraviesa los tres puentes del Gette sin ninguna pérdida; visto lo cual por Dumouriez, repliega su ala izquierda y la columna de Dampierre, ocupando las posiciones de la víspera ante un enemigo lleno de admiración por su perfecta retirada. El 19 se hallaba el ejército en la misma posición que el 17, entre Hackenhoven y Goidsenhoven, pero con una pérdida de cuatro mil muertos y más de diez mil fugitivos, que se dirigían ya al interior con el desaliento de una batalla perdida.

Devorado Dumouriez de pesar y fluctuando entre encontrados afectos, pensaba unas veces batirse desesperado con los austriacos, y otras aniquilar la facción de los jacobinos, á quienes atribuía la desorganización y pérdidas de su ejército. Arrebatado de su violento genio, clamaba altamente contra la tiranía de París, y sus

expresiones, repetidas por su estado mayor, circulaban por todo el ejército. Pero aunque sostenía en su ánimo tan extraordinaria lucha, no perdía la serenidad indispensable en una retirada, y dió las órdenes más oportunas para ocupar largo tiempo la Bélgica por medio de las plazas fuertes si se veía obligado á evacuarla con sus ejércitos. Por consiguiente, mandó al general d'Harville que dejase una fuerte guarnición en el castillo de Namur, y lo custodiase con una división; y envió al general Ruault á Amberes para recoger los veinte mil hombres de la expedición de Holanda y guardar el Escalda, mientras ocupasen á Breda y Gertruydenberg fuertes guarniciones. Su objeto era trazar así un semicírculo de plazas fuertes que pasase por Namur, Mons, Tournay, Courtray, Amberes, Breda y Gertruydenberg; colocarse en el centro de este semicírculo, y esperar los refuerzos necesarios para obrar con más energía. El 22 dió delante de Lovaina un combate de posición á los imperiales, que fué tan reñido como el de Goidsenhoven y les costó las mismas pérdidas; por la tarde celebró una entrevista con el coronel Mack, oficial enemigo que tenía grande influjo en las operaciones de los coligados por la nombradía de que gozaba en Alemania, y convinieron en no darse acciones decisivas y en perseguirse poco á poco para economizar la sangre de los soldados y mirar por el país que era teatro de la guerra. Esta especie de armisticio tan favorable á los franceses, que se hubieran dispersado á ser atacados con vigor, convenía también al medroso sistema de la coalición, que, después de haber recobrado el Mosa, no quería emprender nada decisivo antes de la toma de Maguncia. Tal fué la primera negociación de Dumouriez con el enemigo. La finura del coronel Mack y la urbanidad de sus modales pudieron influir en el ánimo agitado del general para recurrir á extranjeros auxilios, pues comenzaba á no columbrar porvenir ninguno en la carrera en que se había comprometido: si algunos meses antes se prometía triunfos, gloria y poder mandando los ejércitos franceses, haciéndole más indulgente esta esperanza con las violencias de la revolución, hoy batido, desacreditado y atribuyendo la desorganización de su ejército á esas mismas violencias, veía con horror unos desórdenes que en otro tiempo considerara impasible. Educado en las cortes, viendo por sus propios ojos cuán fuertemente organizada debía estar la máquina que consolidase un Estado, no podía persuadirse de que unos plebeyos amotinados bastasen por sí solos á operaciones tan complicadas como las del gobierno. En semejante situación, á un general político y guerrero al mismo tiempo, que tiene la fuerza en la mano, es muy difícil que no se le ocurra emplearla en terminar los desórdenes que alarman su imaginación y amenazan su persona. Dumouriez era bastante audaz para concebir semejante idea; y no hallando porvenir alguno mientras sirviese á la revolución con victorias, trató de formarse otro haciendo retroceder esta revolución á la Constitución de 1791, reconciliándola así con la Europa toda.

Para este plan necesitaba un rey, y Dumouriez hacía poco caso de los hombres para que le inquietase mucho su elección. Diéronle entonces en cara con que quería colocar en el trono á la casa de Orleans, é indujo á creer esto su afecto al duque de Chartres, á quien había proporcionado en el ejército el empleo más brillante; pero

esto nada significaba, porque el joven duque era merecedor de cuanto tenía, además de que nada revelaba en su conducta concierto alguno con Dumouriez. Otra reflexión asaltó todos los ánimos: la de que por entonces no había otra elección posible si se quería crear otra nueva dinastía. El hijo del difunto rey era muy joven, y por otra parte, el regicidio no consentía reconciliarse con la dinastía tan pronto. Los tíos estaban enemistados, y por lo tanto sólo quedaba la rama de Orleans, tan comprometida en la revolución como los mismos jacobinos, y la única que fuese capaz de calmar los temores de los revolucionarios. Si la acalorada imaginación de Dumouriez se fijó por entonces en alguna elección, no pudo ser otra, y esta necesidad fué la que produjo su acusación de que quería colocar á la familia de Orleans en el trono. Nególo en la emigración; pero nada prueba esta negativa interesada, no debiendo creérsele más en este punto que en la fecha anterior, que ha querido dar á sus designios. Ha pretendido decir, en efecto, que su plan de oposición á los jacobinos era más antiguo; pero esto es falso, pues hasta entonces, es decir, hasta que le cerró sus puertas la esperanza, no pensó abrirse otras. En este plan había resentimiento personal, melancolía por sus reveses, y finalmente, sincera aunque tardía indignación contra los irremediables desórdenes que sin ilusión alguna preveía al presente.

El 22 halló en Lovaina á Dantón y Lacroix, que iban á pedirle cuenta de la carta escrita el 12 de marzo á la Convención, y quedó reservada por la comisión de seguridad general. Dantón, con quien simpatizaba, creía infundirle sentimientos más pacíficos y ganarle para la causa común; pero Dumouriez trató á ambos comisarios, hasta al mismo Dantón, con mucha severidad, dejándoles entrever las disposiciones más siniestras; prorrumió en nuevas quejas contra la Convención y los jacobinos, no queriendo contradecir su carta, y sólo se avino á escribir dos palabras para decir que más tarde daría explicaciones. Dantón y Lacroix se marcharon sin haber podido obtener cosa alguna, dejándole en la más violenta agitación.

El 23, después de una resistencia bastante tenaz durante todo el día, abandonaron muchos cuerpos sus puntos, y se vió precisado á marchar desordenadamente á Lovaina; por fortuna no notó nada el enemigo, ni se aprovechó por consiguiente de esto, para introducir la confusión en el ejército francés yendo en persecución suya. Dumouriez separó entonces la tropa de línea de los voluntarios, los reunió á la artillería, y compuso un cuerpo de quince mil hombres escogidos, colocándose con ellos en la retaguardia. En aquel punto se mostraba en medio de sus soldados ocupado en varias escaramuzas diarias, de modo que logró dar á su retirada apariencias de otra cosa. Hizo evacuar con mucho orden á Bruselas, pasó el 25 por esta ciudad, y el 27 fué á acampar á Ath. Allí tuvo nuevas conferencias con el coronel Mack, que le miraba con toda delicadeza y consideración, y esta entrevista, que sólo tenía por objeto arreglar los artículos del armisticio, se trocó luego en otros tratos de mayor interés. Dumouriez confió al coronel extranjero todos sus resentimientos y le reveló sus planes de dar en tierra con la Convención Nacional.

Impulsado por su resentimiento y exaltándose con

la idea de una desorganización general, el libertador de Francia en Argona empañó su gloria tratando con un enemigo cuya ambición debía hacer sospechosas todas las intenciones, y cuyo poder era para los franceses el más peligroso que á la sazón había. En semejantes ocasiones, ya hemos dicho que el hombre de genio no tiene más partido que, ó retirarse y renunciar todo su influjo para no hacerse cómplice de un sistema que prueba, ó aislarse del mal que no puede impedir y hacer una cosa, una sola cosa siempre laudable y siempre inmortal: trabajar en defensa de su patria.

Convino Dumouriez con el coronel Mack en que ambos ejércitos tendrían una suspensión de armas (los imperiales no avanzarían hacia París mientras se dirigiera él mismo á este punto), y que el premio de esta condescendencia sería la evacuación de Bélgica; asimismo quedó estipulado que se daría interinamente en garantía la plaza de Condé, y que en caso de necesitar Dumouriez á los austriacos los tendría á sus órdenes; además las plazas fuertes debían recibir guarniciones compuestas de imperiales y franceses, debiendo devolverse todas cuando se hiciese la paz. Tales fueron los culpables tratos hechos por Dumouriez con el príncipe de Coburgo, por medio del coronel Mack.

Aun no habían llegado á París más noticias que la derrota de Neerwinden y la evacuación sucesiva de Bélgica. La pérdida de una gran batalla y una precipitada retirada, unidas á las noticias últimamente recibidas del Oeste, produjeron la mayor agitación. En Rennes se había descubierto un complot, que parecía urdido por los ingleses, los señores bretones y los sacerdotes no juramentados. Se habían ya manifestado síntomas de alarma en el Oeste á causa de la carestía de los comestibles y de la amenaza de que ya no se pagaría el culto; pero todo esto era con el conocido objeto de defender la causa de la monarquía absoluta. En los alrededores de Rennes y de Nantes se habían presentado algunos grupos de paisanos que pedían el restablecimiento del clero y de los Borbones. Orleans estaba completamente sublevado, faltando poco para que no asesinasen al representante Bourdon; los amotinados ascendían ya á miles de hombres, y para apaciguarlos se necesitaban nada menos que ejércitos y generales. Los pueblos grandes destacaban á sus guardias nacionales; el general Labourdonnaie adelantaba su gente, y todo presagiaba una guerra civil de las más sangrientas. Todo esto unido, es decir, la retirada de nuestros ejércitos en presencia de la coalición y el levantamiento de la Vendée, hacía fomentar extraordinariamente el terror del pueblo.

Por esta época, y á continuación del 10 de marzo, se había ideado juntar en la comisión de seguridad general los jefes de ambas opiniones para que pudiesen manifestar en ella los motivos de sus desavenencias, y fué Dantón quien propuso la entrevista. Las cuestiones diarias no satisfacían á odios de que él no participaba; le exponían á un examen de conducta que recelaba, y retardaban la obra de la revolución que le era tan querida. Deseaba su término, y había manifestado muy buena fe en varias conversaciones; y si tomaba la iniciativa, si acusaba á los girondinos, era sólo para alejar las reconveniones que hubieran podido hacerse. Los girondinos, tales como Buzot, Guadet, Vergniaud y

Gensonné, con su acostumbrada delicadeza, se sinceraban como si hubiese sido grave la acusación, y arguyendo á Dantón, predicaban á un convertido. No sucedía así con Robespierre: queriendo convencerle le irritaban, y procuraban manifestarle sus errores, como si esta manifestación hubiera podido quietarle; en cuanto á Marat, que habían creído necesario en estas conferencias, nadie se había dignado darle una explicación, y sus mismos amigos jamás le dirigían la palabra por no tener que justificarse luego de alianza semejante. Estas conferencias debían más bien agriar que reconciliar á los contrarios corifeos, pues aun cuando hubieran logrado probarse recíprocamente sus errores, una demostración semejante no les hubiera reconciliado. En este punto se hallaban las cosas cuando se supieron en París los acontecimientos de Bélgica.

Comienzan á cruzarse al momento las acusaciones, y se reconviene mutuamente los dos partidos, atribuyéndose los desastres públicos: los unos por desorganizar el gobierno, y los otros por paralizar su acción. Pídense explicaciones sobre la conducta de Dumouriez; entonces se lee la carta del 12 de marzo, que se había guardado secreta, y al oír su lectura se grita que el general era un traidor, que evidentemente observaba la conducta de Lafayette, y que, siguiendo su ejemplo, comenzaba su traición con cartas insolentes á la Asamblea. Una segunda carta fechada en 17 de marzo, y más atrevida que la del 12, excitó doblemente las sospechas. Todos asedian á Dantón para que explique lo que supiese de Dumouriez, pues nadie ignoraba que estos dos hombres se profesaban alguna simpatía; que Dantón había insistido para no dar publicidad á la carta del 12 de marzo, y que él mismo marchó con el objeto de obtener la retractación. Hasta se decía que habían malversado juntos en la rica Bélgica. En los jacobinos, en el comité de defensa general, y en la Asamblea, intimóse á Dantón á dar explicaciones. Apurado éste por las sospechas de los girondinos y las dudas de los mismos montañeses, costóle por primera vez algún trabajo el contestar. Dijo que los grandes talentos de Dumouriez le habían parecido merecer algunas consideraciones; que se había creído conveniente verle antes de denunciarle, á fin de hacerle comprender sus errores, é inducirle, si era posible, á mejores sentimientos; que hasta entonces no habían visto los comisionados en su conducta sino el efecto de malas sugerencias, y sobre todo el enojo causado por sus últimos reveses; pero que habían creído, y que creían aún, poder conservar el talento de Dumouriez al servicio de la república.

Robespierre dijo que si era así no se debían tener contemplaciones, y que era inútil mostrarse tan comedidos con él. Después renovó la petición hecha por Louvet contra los Borbones residentes aún en Francia, es decir, contra los individuos de la familia de Orleans, y pareció extraño que Robespierre, que en el mes de enero los defendió tan enérgicamente contra los girondinos, les atacase ahora con tanta furia. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que su espíritu receloso había supuesto al punto siniestros complots. Robespierre se había dicho: un antiguo príncipe de la sangre no puede avenirse á su nuevo estado, y aunque se llame *Igualdad*, su sacrificio no debe ser sincero; conspira, pues, y en

efecto tiene ganados á todos nuestros generales. Birón, que manda en los Alpes, es íntimo amigo suyo; Valence, jefe del ejército de los Ardenas, es yerno de su confidente Sillery; sus dos hijos ocupan el primer rango en el ejército de Bélgica, y por último, Dumouriez le es evidentemente afecto. El príncipe los mira á todos con particular predilección; y si los girondinos atacaron en enero á la familia de Orleans, esto fué sólo una falsedad de su parte, cuyo objeto no era otro sino el de alejar toda sospecha de connivencia. Brissot, amigo de Sillery, es el mediador en la conspiración: he aquí el complot descubierto; se elevará el trono y se perderá la Francia si no se destierra prontamente á los conjurados. Tales eran las conjeturas de Robespierre; y lo más temible en esta manera de raciocinar era que, inspirado aquél por el odio, creía en estas calumnias. Admirada la Montaña, rechazó su proposición. «Dadnos pruebas, le decían los que estaban sentados junto á él. —¡Pruebas, contestaba, pruebas! Yo no las poseo, pero tengo la *convicción moral*.»

En lo primero que se pensó, como se hacía siempre en los momentos de peligro, fué en acelerar la acción del poder ejecutivo y la de los tribunales, para preservarse á la vez de lo que se llamaba el enemigo interior y exterior.

Dióse, pues, á los comisionados orden de salir inmediatamente para efectuar el alistamiento, y examinóse la cuestión de saber si la Convención no debía *tomar mayor parte en la ejecución de las leyes*. Parecía insuficiente la organización del poder ejecutivo: unos ministros que estaban fuera del alcance de la Asamblea, que obraban á su antojo, por estar lejos de la vigilancia, y un comité encargado de redactar informes sobre todas las medidas de seguridad general, eran autoridades que, hallándose en pugna, deliberaban eternamente sin obrar, y parecían muy inferiores para el desempeño de su inmensa misión. Por otra parte, los comités se componían de individuos sospechosos, porque eran moderados; y en aquella época en que la rapidez y la fuerza eran condiciones indispensables para el éxito, toda lentitud y moderación inspiraba sospechas de que se conspiraba. Pensóse, pues, en establecer un comité que desempeñara á la vez las funciones de comité diplomático, militar y de seguridad general; que pudiera en caso necesario ordenar y proceder por sí mismo, y contener la acción ministerial ó suplir á ella. Presentáronse diversos proyectos de organización para llenar este objeto, que se confiaron á una comisión encargada de discutirlos; é inmediatamente después se trató sobre los medios de combatir al enemigo interior, es decir, á los *aristócratas* y los *traidores* de que todos se creían rodeados. Francia, decían, está llena de sacerdotes reaccionarios, de nobles, de antiguos favoritos y servidores suyos, y estos hombres, todavía muy numerosos, nos rodean, nos venden, y nos amenazan tan peligrosamente como las bayonetas enemigas. Es preciso descubrirlos, señalarlos, y hacer luz á su alrededor de tal modo que no puedan obrar. Los jacobinos habían propuesto, pues, y la Convención decretado que, imitando una costumbre tomada de la China, se inscribiría en las puertas de las casas el nombre de las personas que en ellas habitaran (decreto del 29 de marzo). Habíase ordenado después el desarme de todos los ciudadanos *sospechosos*, y fueron